

PERSUASION RETORICA Y ESTILO CULTERANO EN LOS SERMONES DE HORTENSIO PARAVICINO

José A. Rodríguez Garrido

Aunque la importancia de la predicación como fenómeno literario y social del Barroco español es un hecho intuido por muchos, los estudios dedicados a ella avanzan con una asombrosa lentitud. Más sorprendente es aún que la obra y la figura de fray Hortensio Paravicino, sin duda el predicador más importante de su época, sigan siendo tan deficientemente conocidas.

Si bien los estudios de Francis Cerdin¹ no sólo han aportado nuevos elementos, sino que además han abierto muchas posibilidades a la investigación, la carencia de una edición moderna de los sermones de fray Hortensio impide que gran parte de los hispanistas tenga acceso al conocimiento directo de sus textos, deficiencia incomprensible en momentos en que la crítica del Barroco ha rescatado a decenas de escritores menores del general olvido. Paravicino ha quedado relegado al manual o a los escasos artículos especializados.

No es ocioso, por lo tanto, dada esta limitación, que reflexionemos en torno a algunas ideas que las historias de la literatura pueden contribuir a asentar. Nos interesa aquí comentar un viejo argumento que la crítica antigua utilizó para atacar el estilo de la oratoria de fray Hortensio Paravicino y que Alborg recoge modernamente en su *Historia de la literatura española*.

Ya los cortesanos de Felipe III y de Felipe IV, sobre todo los de este último, satirizaron el estilo culterano que Paravicino desarrolló en sus sermones. En la base de la burla residía la idea de que la *oscuridad* del lenguaje empleado por fray Hortensio en el púlpito impedía que el sermón cumpliera con la función docente y doctrinal que debía tener. El Conde de Salinas dedicó al fraile trinitario algunos sonetos burlescos en los que le reprochaba la vacuidad aparente de su oratoria ("Predicar voces no es decir palabra") y, por consiguiente, la carencia de enseñanza moral: "De aquel lenguaje crespo e intricado, / escuro y con cuydado escurecido, / entre transpo-

1 Véanse, especialmente, por su importancia documental, "Elementos para la biografía de fray Hortensio Félix Paravicino y Arteaga" en *Criticon*, 4 (1978), pp. 39-74; "Bibliografía de Fray Hortensio Paravicino" en *Criticon*, 8 (1979), 147, pp.; y "En el IV centenario de Paravicino: documentos inéditos para su biografía" en *Criticon*, 14 (1981), pp. 55-92.

siciones escondido,/ gocé hora y media de un silencio hablado// [. . .] ¡ay quedé perdido,/ en lugar de bolver edificado!"².

Condena similar fue mantenida y desarrollada, con mayor seriedad, por los retóricos de la predicación durante el siglo XVII —varios de ellos bastante conservadores— y por la crítica antibarroca de los siglos XVIII y XIX. No pretendemos aquí hacer un recuento detallado de toda la reacción contra Paravicino, a la que, de alguna manera, con su aclarador estudio, respondió Alarcos García hace ya varios años³. Si el asunto exige ser nuevamente meditado es a raíz de la insistencia de la crítica moderna en la aparente incongruencia que había entre el sermón doctrinal y el lenguaje utilizado para él por Paravicino.

Tras revisar el mencionado trabajo de Alarcos —donde siguiendo las pautas que Dámaso Alonso había empleado con la obra de Góngora, se pretendía reivindicar los escritos de Paravicino por medio de una adecuada explicación—, Alborg en su *Historia* citada responde a los argumentos señalando que la oratoria sagrada no puede ser estudiada de la misma manera que la poesía, por cuanto se trata de "otro género literario cuya finalidad y medios expresivos difieren radicalmente de los que inspiraron la composición de las *Soledades*"⁴. Su opinión se resume en las siguientes líneas:

"en el caso de Paravicino creemos que lo barroco se produce en una dimensión viciosa, por la razón primordialísima de haber llevado a un género literario direcciones que no podían serle propias y que habían de conducirle irremediamente a su degeneración. [. . .] es imposible justificar el empleo de la estilística gongorina en un género literario específicamente docente."⁵.

Dejamos de lado otros comentarios referidos más a la figura de Paravicino como personaje histórico —discutibles, dada la ausencia de un estudio biográfico serio y completo⁶—, para centrarnos en lo que afecta concretamente a lo literario. El fundamento de la crítica que Alborg desarrolla reside en mostrar la inadecuación en-

2 Publicado por F. Cerdin, "Elementos para la biografía. . .", *Criticon*, 4, (1978), p. 47.

3 E. Alarcos, "Los sermones de Paravicino" en *Revista de Filología Española*, XXIV (1937), pp. 162-197 y 249-319.

4 J.L. Alborg, *Historia de la literatura española*, Madrid, Editorial Gredos, 1970, t. II, p. 942.

5 *Ibid.*, p. 944.

6 "Paravicino era algo así como un gran comediante de la oratoria sagrada, una pieza más de las brillantes y pomposas ceremonias de la iglesia española de su tiempo". (*Ibid.*, p. 942). Sería oportuno reparar en las continuas referencias a la soledad del hombre moderno, en las quejas contra el duro sistema de la honra y en el repudio a la malicia cortesana, todos ellos temas recurrentes en los sermones de Paravicino.

tre el género y el estilo: a un género literario "específicamente docente" debe corresponder un lenguaje claro y común.

Nos interesa poner en relación el argumento aquí manejado con los tres elementos de la persuasión retórica: *docere, delectare y movere*. La crítica contra Paravicino no valora sus sermones como piezas conducentes a persuadir, sino a enseñar; es decir, no contempla el *persuadere*, propio de la pieza oratoria, en toda su amplitud, sino tan sólo en una de sus partes: el *docere*. Creemos que no es inútil aclarar que el sermón clásico no es un género "específicamente docente", como señala Alborg, sino, en todo caso, específicamente persuasivo. El cambio de perspectiva obliga a medir con mayor cuidado lo que en la obra de Paravicino hay de *delectare*.

Indudablemente *docere, delectare y movere* no son tres elementos opuestos y separados. Un sermón exclusivamente docente no haría sino producir tedio en el oyente⁷. Por ello necesita del *delectare*, única manera de captar la simpatía del público hacia el discurso y hacia el orador, y para ello es necesario recurrir a la variedad tanto de las ideas como de la dicción.

Este sucinto repaso de algunas ideas relativas a la oratoria, procedentes de la tradición clásica, no es más que el apoyo teórico que hay que tener presente para juzgar con acierto una obra perteneciente a dicho género. El siguiente paso es ver cómo la teoría se actualiza y se concreta en una época precisa. Sólo así nuestro juicio sobre una obra determinada —la de Paravicino, en este caso— será válido.

Dado que el contenido de la doctrina cristiana a lo largo de los siglos era más o menos invariable y, por lo tanto, ya conocido desde su infancia por quien asistía a oír el sermón, no es raro que el tema de la *varietas* para producir *delectatio* preocupara a los oradores sagrados. Ya en el siglo XVI, un escritor tan alejado de cualquier concesión innecesariamente gratificante como Diego de Estella señalaba en sus recomendaciones a los predicadores que éstos debían "decir lo que es común por nuevo estilo. Porque de dos maneras se deleita, conviene a saber: diciendo cosas nuevas, o cosas comunes por elegante estilo. Muchas verdades, aunque sean viejas, se han de predicar y decir, pero el modo de decir, como no es común deleita."⁸

No es raro que el Barroco haya acogido con entusiasmo el principio, porque se adecuaba bien al sentimiento de época. Su visión multiforme y crítica de la realidad exigía una oratoria donde tuviera asiento lo nuevo y variado. Las siguientes palabras del Abad de Rute permiten apreciar justamente cómo el clásico tema de la *varietas* se asocia con la visión barroca del mundo: "A la variedad y novedad que engendran el deleyte, atiende el gusto, pero qué mucho él, pues aun la misma naturaleza por atender a ella para más embellecerse, produce a veces cosas contrarias a su

7 Vid. H. Lausberg, *Manual de retórica literaria*, Madrid, Editorial Gredos, 1966, p. 229.

8 Fray Diego de Estella, *Modo de predicar y Modus concionandi*. Estudio doctrinal y edición crítica por Pto Sagüés Azcona, OFM. Madrid, CSIC, 1951, t. II, p. 135.

particular intento, como son los monstruos⁹. Para cumplir su función persuasiva, la oratoria sagrada no podía seguir derroteros distintos. Su evolución hacia el Barroco no es ajena de la que experimentó todo el arte religioso, en cuya grandilocuencia se encerraba un claro intento de enseñanza cristiana.

Si bien lo dicho hasta aquí ayuda a comprender la inevitable "barroquización" de la oratoria sagrada, queda pendiente el problema más importante: explicar cómo el culteranismo, es decir el estilo barroco aparentemente más intrincado y difícil, pudo penetrar en el sermón sin contradecir su original función de persuasión cristiana. Para ello debemos volver la mirada hacia quien se considera responsable de dicha introducción: Hortensio Paravicino.

Ya Emilio Alarcos dejó aclarado el problema de la posible influencia entre Góngora y Paravicino. De acuerdo con él, "ambos realizan su obra impulsados por la tendencia de la literatura de la época hacia las complicaciones del barroquismo y de acuerdo con su propio genio"¹⁰. La conclusión nos importa aquí en cuanto implica que el culteranismo de los sermones de Paravicino no es una forzada adaptación de la poesía de Góngora al lenguaje del púlpito, sino una gestación autónoma. Como carecemos de un estudio más detallado del estilo de Paravicino, es difícil conocer su evolución. Sin embargo, es importante tener en cuenta un dato que no ha sido suficientemente valorado. El conjunto de sermones de fray Hortensio que ha llegado hasta nosotros dista de ser la totalidad de los predicados por él. Según aclaró fray Fernando Ramírez, el primero que tuvo a su cargo la recolección y edición de sermones que permanecieron inéditos durante la vida de Paravicino, quedaron excluidas de la impresión tanto las piezas cuyo manuscrito era ilegible como "otros Sermones hechos en la mocedad, y con diversa traça, y estilo de lo que agora se usa"¹¹. Si a este dato unimos la observación de Alarcos de que en algunos sermones posteriores a 1616 se descubren "ciertos elementos formales de procedencia gongorina"¹², podemos intuir una evolución que va desde el sermón de corte tradicional (aquellos de "diversa traça y estilo") hasta la obra influida formalmente por la poesía gongorina. ¿Qué ocurrió en ese lapso para que se produzca una evolución de este tipo? Creemos que la respuesta no debe buscarse sólo en los impulsos estéticos de la época, sino en el cambio del espacio sociocultural en el que el predicador se desarrolla: entre Paravicino y el mundo cortesano hay un acercamiento cada vez más estrecho —primero en Valladolid y luego en Madrid— que culmina cuando es nombrado predicador del rey Felipe III en diciembre de 1617.

En un hombre del genio de Paravicino, consciente de su oficio, esta vincula-

9 Citado por E. Orozco, *Manierismo y barroco*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1981, p. 36.

10 E. Alarcos, "Paravicino y Góngora", en *Revista de Filología Española*, XXIV (1937), p. 88.

11 En fray Hortensio Paravicino, *Oraciones evangélicas de adviento y cuaresma*, Madrid, Imprenta del Reino, 1636, Prels., h. [7v.].

12 E. Alarcos, "Paravicino y Góngora", p. 88.

ción con la Corte, no tanto buscada por él como impuesta por sus superiores, debió producir una reflexión sobre su labor de predicador en relación con un público preciso. El tema de la adecuación del estilo y el contenido del sermón con el auditorio ante el cual se predica está presente en la mayoría de las retóricas sagradas del siglo XVII. Jiménez Patón precisa en sus recomendaciones al predicador que "haya distinción en el predicar según el auditorio que tuviere, y según el tema que predicare. Porque diferentemente se a de predicar a Cortesanos, que a Aldeanos"¹³. Y fray Juan de Estrada, recogiendo en 1667 lo que debió ser una preocupación constante del siglo barroco, distingue con detalle las maneras como el predicador debe dirigirse a públicos distintos:

"para un auditorio de labradores toscos no es necesario antes sería digno de nota, el que pusiese el predicador mucho cuidado en el language, por que éstos con la misma verdad, y llaneza de proponerla se persuaden. Pero donde hay ingenios doctos, y pulidos con noticias varias que ya conocen las más de las verdades que se predicán [. . .] conviene que estas mismas verdades se vistan de una retórica modesta, y grave, con que alagada, y suspensa la voluntad se determine a seguir lo que se la persuade"¹⁴.

Esta preocupación constante por el modo de persuadir a través de la retórica cristiana a públicos distintos no pudo pasar inadvertida a Paravicino. En efecto, los textos de sus sermones manifiestan esta conciencia de estar dirigiéndose a un auditorio preciso: el cortesano. Muchos de los temas que trata —el estado monárquico y la función que el rey debía cumplir en él, por ejemplo— sólo tenían sentido predicados en la corte y muchas veces ante el monarca. Pero no solamente en la selección de ciertos temas se manifiesta esta adecuación al contexto en el cual predica. También, y esto es más importante, busca acomodar la doctrina a su público. "Yo predico en Palacio, que es sitio muy delicado", dice en un sermón de 1623, y por eso enseña "no la muerte, no el agravio mayor, no los tormentos, que eso fuera predicar a Mártires, y a últimas perfecciones"¹⁵. Paravicino intenta sin duda afectar a sus oyentes. A veces sus imprecaciones son duras, sobre todo cuando critica la fatuidad, la malintención y la falta de piedad de los cortesanos; pero también quiere ganarlos mostrando que el esfuerzo que pide no es grande. Conocedor de que no puede persuadir a su público a actitudes de absoluta consecuencia con una religión que podía exigir renuncias y sacrificios, se contentaba con recordar a los cortesanos que las co-

13 Bartolomé Jiménez Patón, *Perfecto predicador*, Baeza, por Mariana de Monyoya, 1612, fol. 77 v.

14 Juan de Estrada, *Arte de predicar la palabra de Dios, para su mayor honra y provecho de las almas*, Madrid, Imprenta de Melchor Sánchez, 1667, fol. 36 v.

15 "Oración evangélica de Todos los Santos, al Rei nuestro Señor" (1623), en *Oraciones evangélicas o discursos panegyricos y morales del M. Fr. Hortensio Félix Paravicino*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1766, t. V, p. 407. Citamos en todos los casos los textos de Paravicino por esta edición.

sas humanas son efímeras y que, aunque era lícito tenerlas y gozarlas, no lo era quererlas más que a Dios:

“No soi de los Predicadores escrupulosos, que apuran con doctrina mística los oyentes: no porque ellos no hagan bien, sino porque yo tengo menos medrosos los sentimientos. No quiero, pues, yo, en doctrina de San Pablo, que degéis la hacienda; pero tenedla como bien, que es temporal: mirad el diamante, y parezcaos bien; la gala, y no afectéis la austeridad, ni os hagáis cruces de ver la hermosura; pero miradla no más. Los resplandores, y el brillar de la piedra, la comodidad de la hacienda, el lustre de la gala, lo puro de la hermosura, prendas son que merecen verse, pero no considerarse. Dadle las manos al ámbar, si os parecen bien unos guantes, los ojos al Prado, un día de Sol a la ocupación decente, y entretened vuestra persona. Pero la consideración, las veras, el alma sólo a Dios, y a los bienes del espíritu. Mirad, pues, las cosas humanas, como cosas, que aunque no queráis, habéis de perderlas: pero no consideréis sino las que han de durar [. . .]. Y no me juzguéis por poco espiritual en esto, que esta doctrina es de una Corte, y no de una Religión.”¹⁶

El predicador en la Corte busca, pues, el modo de llegar e influir sobre su auditorio. Es interesante reparar en cómo maneja la historia sagrada y la leyenda áurea al servicio de sus fines persuasivos. En el Sermón de la Magdalena de 1619, elige de la compleja tradición legendaria sobre la vida de la santa la imagen que puede servir de modelo al público para el que predica: una prostituta arrepentida sólo produciría extrañamiento entre las mujeres de la Corte; en cambio, una dama pecadora bien podía ser vista con atracción:

“Habrá, dice San Juan, en un Pueblo grande una muger principal, mal atenta a su decoro, si bien no olvidada del todo de sus obligaciones, todavía por el nombre de pecadora bien conocida. No pudo nacer de livianas causas tanta opinión de su liviandad. Afectación parece de Phocio en su Bibliotheca, darla por Virgen y Mártir, con el testimonio de un San Marcos, Discípulo del Señor; pero severa sentencia, si no demasiada, es atribuirle una infame prostitución. Sintamos cortés, y templadamente nosotros. Si bien el deshacer de la enfermedad, es no querer encarecer el médico. Sería muger lucida, y dar mucha luz a los ojos, es abrir de camino mucha puerta a los deseos. Escandalosamente bizarra, preciaríase de Dama, resquicio de grandes quiebras al fin, no la conocían sólo por María, como a su hermana por Marta: por la Magdalena estaba señalada. Estraño hecho el de las galas con las mugeres; pues tan le-

16 “Oración evangélica del Niño perdido, en nuestra Señora de Loreto” (1621), t. III, p. 168.

ve causa suele desautorizarlas"¹⁷.

En cambio, cuando fray Hortensio predicaba en la villa de Madrid y no en la Corte sus contenidos variaban, según nos lo indica él mismo:

"Si yo predicara en la Villa, bien dixera al afligido, a la viuda que andaba a los pies de los Ministros de Hacienda por sus juros, por sus deudas, que sufriera dilaciones, que esperara desabrimientos, porque Dios le sabrá hacer camino a doblada paga. Pero aquí que no me oirán sino los que lo han de hacer, digo, que quien no ha de doblar la merced no la dilate; y quien la hubiere dilatado, la doble"¹⁸.

No sería descabellado suponer que también el estilo era otro. En efecto, aunque sin renunciar absolutamente a las características de su modo de predicar, el texto de un sermón de 1627 predicado en la villa de Madrid nos muestra esa otra adecuación, la del genio del fraile trinitario a un público más diverso y menos instruido:

"Ya vais sabiendo (Fieles) que ésta no es Quaresma de Paradoxas: y que si no puedo sacudirme de mi talento, (ni hai para qué) le voi aclarando a los menos: y no he sido nunca dificultoso [. . .] No habiendo, pues, de entrar dificultosos en nuestra Oración, tomémosla por lo que más tratamos, que son nuestros intereses, y miremos en ellos a Dios primero, pues todos los seguros descienden de él"¹⁹.

Y más adelante, en la misma pieza, renuncia a describir una tormenta con estas palabras: "No la pintemos, aunque no fuera afectación. Ceda el estilo, si no a la razón, a la muchedumbre"²⁰. En virtud de esa muchedumbre, Paravicino evita el lucimiento literario de una descripción, que sería habitual si predicara en la Corte.

Esta conciencia tan clara de la función que el destinatario ejercía en el sermón no sólo se manifiesta, pues, en la selección de temas y en los contenidos doctrinales. También era necesario que, como decía el citado texto de Juan de Estrada, donde

17 "Oración evangélica de la Gloriosa Magdalena, en Santa Cruz de Valladolid" (1619), t. V, p. 418.

18 "Oración evangélica de la Cananea, al Rei nuestro Señor" (1631), t. I, p. 265. Vid. también "Oración evangélica, Viernes de la Piscina, al Rei nuestro Señor" (1633): "Aconsejaba yo un día, predicando en la Villa (que me ha parecido referirlo ahora) que ningún ofendido se quejase; porque no sólo no remediaría su daño, sino le haría mayor. Porque la ofensa es gusto de los poderosos, las quejas con razón son ofensa de ellos; y quien gustoso hizo mal, ofendido qué podía hacer? Y vine a concluir, con que estábamos en un Lugar donde se usa azotar un Christo, y si se queja, le quemán". (t. I, p. 315).

19 "Oración evangélica en la Iglesia de San Salvador de la Villa de Madrid, día de San Mathfas" (1627), t. I, p. 235.

20 *Idem*, t. I, p. 240.

hubiera "ingenios doctos y pulidos", se emplearan recursos retóricos, acordes con el nivel intelectual del público, que permitieran halagar, suspender y, mediante ello, persuadir²¹. Aquí, de igual manera, los textos de Paravicino nos permiten afirmar que él comulgaba completamente con esta teoría. Predicando ante el Rey en 1621, afirma fray Hortensio que "ofensa hace a la doctrina sagrada del Evangelio, y a los juicios superiores de los oyentes, quien ata a la humildad del discurso, o del estilo el enseñamiento christiano"²². En una oración evangélica de 1627, al dirigirse a sus oyentes, alude "a lo lucido, a lo entendido, a lo generoso" del auditorio²³. Y en su sermón predicado ante el rey Felipe IV en 1628, en donde comenta el texto evangélico de San Mateo *Vos estis sal terrae* referido a los predicadores, declara en qué y para qué éstos deben ser como la sal:

"Deshágome atento, zeloso, espiritual, por dar sabor a la Doctrina, por repartir a cada uno las viandas que ha menester, más, o menos vivo el gusto para despertar el hastío humano de las obligaciones divinas, sal sería: buen predicador llegaría a ser."²⁴.

Este texto, fundamental para comprender el concepto de la predicación en fray Hortensio, encierra las claves de su preocupación: "dar sabor a la doctrina" y "repartir a cada uno las viandas que ha menester"; es decir, ornar con la retórica los viejos contenidos doctrinales y enseñar lo que su público necesita. Uno y otro no van desligados: el primero —que alude al plano de la expresión— es el instrumento para transmitir el segundo. Del segundo —de quién sea ese "cada uno"— depende el primero, el estilo adecuado.

¿Y cuál debía ser éste cuando el destinatario de la predicación era el cortesano, ávido de novedades y deseoso de juzgar y poner a prueba su ingenio y el de su prójimo? Detenernos en la descripción de ese público no sería trabajo inútil. Los textos del mismo Paravicino bastarían para reconstruir la imagen de ese grupo privilegiado o al menos la que el predicador tenía de él. La amplitud del material inclina, sin embargo, a guardar dicha tarea para otra oportunidad. Bastará aquí traer uno de los textos más representativos del modo como fray Hortensio juzgaba a los cortesanos:

"Ah, Cortesanos, mui falsos unos con otros, y mui preciados de entendidos! Por eso toda la vida con arte, con mentira, con segunda

21 Véase la nota 14.

22 "Oración evangélica de la Asunción de la Virgen nuestra Señora" (1621), t. IV, p. 451.

23 "Oración evangélica al Consejo de Italia, en el Hospital de los Italianos de Madrid" (1627), t. I, p. 282.

24 "Oración evangélica del Domingo de Pasión, al Rei nuestro Señor" (1628), t. II, p. 198.

intención, culebras en la apariencia, víboras en la verdad, mucho allago de palabras, todas tósigo las obras: pues esa misma arte os ha de acabar; y haber vivido siempre con arte, y morir sin lograrla, gran trabajo es²⁵.

Y en el mismo sermón, líneas más adelante, alude a la actitud de los cortesanos frente al predicador:

“Ya sé que decís, que nada hai bueno de fuera, hasta que en la Corte se hace: un caballo, por de mejor raza, y estremado que sea, decís, que hasta que pise estas calles, no lo es. Un predicador, que le debéis de querer hacer andar al rededor, le decís también: *No está hecho*: aquí queréis que se haga un Predicador. A vuestras mañas se hará viborreznos, o a vuestra desestimación; que la costumbre de las Cortes quita a los Maestros de Dios la libertad, o les pierde el respeto.”²⁶.

La dureza de estas palabras sería suficiente para replantear la consabida blandura que se ha adjudicado a los términos de la predicación de Paravicino, a la vez que nos informa de las difíciles peculiaridades del destinatario que debía afrontar. Había, pues, un reto de ingenio que fray Hortensio no quiso rehuir, pero suponer en ello un mero deseo de lucimiento mundano es injustificado. Lo que hay es un claro intento de servirse de las circunstancias para los fines de la persuasión cristiana. En este contexto, la elección del estilo culterano era una opción legítima y que no estaba desligada del todo de su ocupación de predicador, pues a las características del auditorio hay que unir otro dato de época que reforzaba la elección de este estilo: el efecto que el lenguaje poético producía. Un retórico de la predicación, Juan Rodríguez de León, en un interesante dictamen que parte no de los sólidos principios de la teoría clásica, sino de la observación de la práctica, señalaba que “tocar un verso para la exornación, o imitar un Poeta para el concepto, es curiosidad saberse, y pareciera falta ignorarse, pues ya sucedió moverse algunos con los versos mejor que con la prosa”²⁷. La observación aparece ratificada por otro texto, especialmente valioso para nuestra intención, en el que un contemporáneo de Góngora testimonia que los versos del poeta cordobés lo “persuadían más que un sermón de Castroverde”²⁸. No era, por lo tanto, disparatado que un estilo similar entrara de lleno en la predicación.

25 “Oración evangélica del cuarto Domingo de Adviento, en la Capilla Real, al Rei nuestro Señor” (1632), t. I, p. 40.

26 *Idem*, t. I, p. 41.

27 Juan Rodríguez de León, *El predicador de las gentes San Pablo. Sciencia, preceptos, avisos y obligaciones de los predicadores evangélicos con doctrina del Apostol*, Madrid, por María de Quiñones, 1638, fol. 12 v.

28 Citado por E. Orozco, *op. cit.*, p. 22.

Hay que resaltar además el hecho de que en la formación del estilo de Paravicino no fue ajena la preocupación de hallar aprobación a su modo de predicar en los textos bíblicos. Con regocijo señala, por ejemplo, el hallazgo de una metáfora osada en el libro de Job, ya que ello implicaba una aprobación implícita al empleo de metáforas similares en el sermón:

"Nec videat ortum surgentis Aurorae. En el Hebreo está *Iaf. Gah. Pe.* No hubiera visto al nacer los párpados de la Aurora. Pareciera afectación, que llamáis culta, si no lo dixera el Espíritu Santo. Es verdad, que es metáphora, pero de gran propiedad; ni se pudieran comparar los amagos resplandecientes de la luz del Alva, como al movimiento de las pestañas, para abrir los ojos. De suerte, que el amanecer, es un pestañear de la Aurora, y abrir los ojos el Sol."²⁹

El problema para juzgar adecuadamente los sermones de Paravicino es, pues, otro y reside más en nuestro gusto literario, en lo que hoy se espera de un escritor que tocó temas religiosos, que en una verdadera inadecuación entre género y estilo, como se ha venido planteando. Indudablemente la obra de fray Hortensio está muy circunscrita a la situación de época y, en consecuencia, no podemos desligarnos de ella para gozarla y comprenderla. En ese sentido, es evidente que la poesía de Góngora la aventaja no sólo por su calidad sino por la posibilidad de llegar y emocionar al lector moderno. La adecuación a un público puede limitar sin duda la validez universal de una obra. En el caso de la predicación, había además otro riesgo —que Paravicino vislumbró con temor—: la pérdida de autoridad del predicador ante su público. A propósito de esto, Rodríguez de León trae un magnífico texto —estupendo retrato de época— donde quedan descritos los peligros que corrió la predicación del Barroco. Allí están encerrados varios conceptos que hemos mencionado a lo largo de este trabajo: la variedad como medio de producir deleite y la necesidad de un nuevo estilo en la predicación, pero también el escepticismo —o acaso ya el desengaño— de un hombre dedicado a la enseñanza de la palabra evangélica:

"Los auditorios siguen a los Santos, pero no dexan a los doctos, y salen del sermón con hastío, si les falta deleite con novedad; causa para que la predicación moderna no se juzgue por la modestia antigua: que aunque la verdad no se ha mudado, el estilo está diferente, y como la malicia es entendida, quiere sutileças que la enmienden no bastando desengaños que la conviertan; llegando a tanto desahogo los gustos humanos, que fundan en el estilo singular el séquito común, y juzgan que falta a lo importante del púlpito, el des-

29 "Oración evangélica del Nacimiento de nuestra Señora, al Rei nuestro Señor" (1632), t. IV, p. 129. Textos como éste deberían ponernos en una investigación conducente a descubrir en qué medida el culteranismo se nutre de una tradición religiosa y no sólo profana. Ello no haría sino confirmar el sustento religioso, que varios críticos han atribuido al Barroco, en una de sus expresiones (la del culteranismo) donde el hecho ha sido menos notado.

cuidado en lo selecto del language, siendo axioma de muchos, que predica mal, quien no habla bien. Con esta persecución última de la Iglesia (que assí le llamava el docto y Religioso Padre Gaspar Sánchez) como a enfermos (cuya vida se da por acabada, que se les concede quanto piden) tratamos a vezes los oyentes (aunque con escrúpulo nuestro) dándoles lo que gustan por ver si mejoran en la salud que pierden. Plegue a Dios que les haga provecho, sin causar-nos daño: que curar con remedios que no receta el Médico sino el enfermo, es apelar a milagros”³⁰.

A pesar de esas concesiones al público, en lo mejor de la predicación culta —de la que Paravicino es digno representante— hay un auténtico sentimiento y preocupación religiosos no menos sinceros —aunque quizás sí más angustiosos— que los que se expresaron con lenguajes distintos. En una lectura atenta y desprejuiciada, los sermones de Paravicino pueden demostrar al lector moderno que, en palabras de Machado, también aquí “hay siempre un ascua de veras/ en su incendio de teatro”.